

Morir tres días

Una manera maya chortí de conocer
cómo es el «estilo de Dios» y el estilo de los hombres

Julián López García

Una preocupación central en los hombres parece ser la de confirmar que yo, nosotros, nuestras relaciones y las relaciones que mantenemos con la naturaleza se conducen y son como deben conducirse y ser; confirmar que no hay desorientaciones, confirmar que aún cambiando la dirección, se sigue el rumbo correcto. A uno de los ámbitos donde se producen las confirmaciones, al mundo de los muertos, van con cierta asiduidad, para regresar al poco tiempo, algunos indígenas mayas-chortí del oriente de Guatemala. De esos viajes al mundo de los muertos y de los correlatos sociales que implican trata este artículo.

Casi sin proponérmelo, pues en realidad era otro el asunto de mi trabajo en la región maya-chortí del oriente de Guatemala, lo cierto es que llegué a recopilar hasta once relatos de «difuntos» que cuentan su visita al mundo (más bien los posibles mundos) donde van los muertos. La mayoría de ellos narrados por los propios muertos-resucitados y acaecidos en un pasado no muy lejano, lo que da idea de la contemporaneidad de éstas.

Los mayas-chortí se refieren a estos viajes como visitas a la Gloria. Un lugar donde viven Dios, los Hombres Trabajadores –los ángeles– y los santos que comparten estancia con las «almitas buenas», aquellas que tras la muerte «ganan» la Gloria, tienen allí su aposento. En realidad, aunque se dice que es una visita a la Gloria, se trata de un viaje más amplio, es un viaje en el que se conoce además el mundo que habitarán las almas malas, las de los hombres que no han ganado la Gloria y que muchos, por influencia del catolicismo, llaman el Infierno.

Se trata, como he indicado, de un viaje hacia lo que hay tras la muerte y, por tanto precisa que quien lo hace «muera». Pero, evidentemente, si se conocen esos viajes es porque el viajero vuelve para contarlos. Es un viaje de ida y vuelta: el muerto resucita generalmente, se dice a los tres días.

Todos los relatos siguen un esquema más o menos parecido: en primer lugar se cuenta cómo la persona, generalmente enferma y postrada en el lecho, deja de respirar y muere. El difunto, su alma, sale del cuerpo y ve cómo los familiares y allegados se lamentan y lloran. Se inicia el viaje siguiendo una senda por la que caminan otras almas, desorientadas y con

incertidumbre, esperando que les señalen cuál es su destino, dónde está su definitivo aposento, su «traspatio». En fila, estas almas van llegando a un lugar donde hay una reina o un «puertero» personificado como San Pedro de Gloria o San Antonio Mandarín, que va separando a las almas buenas de las almas malas: unos entran en la Gloria y otros «van para abajo». Cuando le toca el turno al alma del protagonista del relato, es advertido por el «puertero» de que su día no ha llegado todavía, se le indica que está ahí sólo para observar «cómo es el estilo de Dios», aquello que le gusta y lo que le disgusta, cómo es la vida en la Gloria y cómo es la vida de los que no ganan la Gloria; él tiene licencia para observarlo todo y preguntar al «centinela» que lo va acompañando en la visita. El muerto, en efecto, divisa la Gloria y también el lugar donde están las almas malas. Pasea, observa, pregunta al «centinela» y obtiene respuestas de éste. Tras su paseo se le invita a regresar conminándole a «noticiar», a pregonar en el mundo, a su vuelta, lo que ha visto. El muerto regresa a su cuerpo y revive.

Cuando el muerto ha revivido, todo su afán en el mundo es contarlos en unos relatos en los que se conjunta la observación del protagonista con las explicaciones que va dando el centinela a sus preguntas. Y ¿qué es lo que ven y cuentan estos muertos-resucitados? Cabe decir al respecto que los relatos no son coincidentes en todos sus extremos, incluso entre alguno de ellos hay diferencias tan destacadas que dan pie a entender cómo los universos morales cambian.

En primer lugar se describe el viaje hasta la puerta; se trata de un viaje difícil, por estrechas sendas, cruzando ríos por puentes o por cables, chocándose unas almas con otras en un barullo casi asfixiante. Desde la puerta ya se divisa la Gloria y el mundo de abajo o Infierno. La Gloria es descrita bien como lugar de lindos paisajes y jardines, con bonitas flores y olores fragantes, o bien como una ciudad en el ajetreo de una constante construcción para acoger nuevas almas: «... era un campo que no tenía fin, planada... Allí había también en ese lugar albañiles y carpinteros, levantando casas, haciendo mesas, haciendo puertas y mujeres moliendo, mujeres tejiendo, mujeres allí haciendo ollas...» En el mundo de abajo destaca la presencia del fuego al que son arrojadas las almas malas tras ser digeridas por el diablo o la «sirpienta» que allí está.

Pero más que en los paisajes el interés y la atención del visitante se fija en los personajes que ve: reconoce a los que no son almas: en la Gloria, a Cristo crucificado o San Pedro o San Antonio o Santiago; en el Infierno, al Diablo o a la «sirpienta». Pero sobre todo se sorprende por las poses y diferentes presencias de las almas que «van ganando el Infierno». Efectivamente, no se repara tanto en las almas buenas en la Gloria, pues parecen

estar apenas indiferenciadas: viendo una se ven todas, en poses beatíficas, vestidas de blanco y haciendo distintas labores como en el mundo. En el Infierno, en cambio, las diferencias entre las almas que allí viven son muchas y el relato se extiende en ellas, reproduciéndose el diálogo que mantiene el visitante con el centinela que lo acompaña. Ante alguna de estas almas malas, el muerto pregunta ¿quién es ese, por qué está así? y el centinela responde y explicita las razones de sus poses determinadas. Ahí están los «malobristas», los brujos y hechiceros, los mezquinos, los noveleros y chismosos, los matadores y los matados, los ladrones, los «mujereros», los «maldicioneros» o los «fiesteros», cada quien en diferente actitud que retrata la causa de su mala obra en el mundo. No todos aparecen en todos los relatos y no todos merecen la misma extensión explicativa por parte del centinela.

De esas galerías de tipos hay tres que a mi juicio merecen un análisis más detallado: el mezquino, el novelero y el «fiestero» (aquel a quien le gusta beber y bailar). Destaco los dos primeros tipos porque su presencia provoca las más asombradas preguntas y genera las más densas explicaciones por parte del centinela en todos los relatos, y respecto a ellos hay un destacado acuerdo sobre sus comportamientos. Destaco al «fiestero» porque es el personaje más controvertido en los relatos: para algunos es un tipo que vive y disfruta en la Gloria, para otros es un claro habitante del Infierno.

El mezquino, como digo, es uno de los tipos más característicos en las visitas al mundo de los muertos. Es un tipo, además, que aparece con un perfil similar en los relatos: está en el infierno con un *guacal*, un recipiente de calabaza, lleno de comida o bebida que ofrece a quienes pasan cerca pero cuando éstos miran el *guacal* se encuentran que éste está lleno de gusanos y lo desprecian. El visitante, ignorante de quién es ese tipo y por qué está en esa pose, inquiere al vigilante que lo acompaña que responde: «Esos son ruines, mezquinos... si tienen una cosa y no la quieren vender o no regalan a otra persona, ese en la otra vida ya no recibe nada porque es un gusanero lo que tiene; el mandarín no quiere tampoco que lo reciba uno. Una persona que tiene fresco de chicha y al llegar un paseante, pronto lo embroca, lo esconde para no regalar, en la otra vida es un gusanero lo que tiene en el jarro, porque no hizo su regalía, como no convidaba en el mundo, aquí no tiene permiso... Por eso hay que hacer aquí en la tierra, hay que extender la mano, hay que regalar: si hay chilate, regalar un traguito de chilate a otra persona».

Otro de los personajes habitualmente repetidos es el del novelero. Novelero es aquel a quien le gusta inventar noticias, falsear la realidad o distorsionarla y no conforme con esto, pregonar esas falacias. El visitante en la

Gloria siempre repara en este personaje: está completamente paralizado, sorprende que no sólo su cuerpo esté inmóvil sino también su rostro estático, con los ojos bien abiertos pero inmutables; sólo destaca en ese rostro una gran lengua que sale y se mueve como la de una serpiente ¿ese quién es?, pregunta al centinela; ese es el novelero, el chismoso, el mentiroso «que les gusta contar mentiras en contra de otros, ahí están, las grandes lenguas... platican ellos con la gran lengua afuera... esos son los noveleros, le hacen burla a otra gente, ahí están, esos son, ya ni parpadean, así nomás lo miran a uno...».

El tipo «fiestero» siempre aparece en los relatos y siempre con un perfil parecido: es una persona alegre que está tocando guitarra o violín o acordeón; a veces bailando, ya sean bailes de fiesta tradicionales o rancheras. Es frecuente, además, que este fiestero se vea consumiendo alcohol, tanto chicha como cerveza. Sin embargo el consenso se rompe sobre su ubicación: algunos lo ven en la Gloria y otros en el Infierno. Por ejemplo, Don Ricardo López, de la Aldea Tunucó Arriba comenta así la presencia de la fiesta y del «fiestero» en la Gloria: «Allá tú estás contento, echás tu baile en la cantina y tenés una botella de vino, ya viene uno: ¿no quiere? o si sos bailador: ¿echás un baile, amigo?, como tenés tu amigo acá, tenés arriba... como cantina mirás aquí, más cantina hay allá, hay acordeones y hay violines, allí hay alegría, usted... allí están con su *guacalito*, un traguito, un traguito... ya están contentos... hay mujeral y hay personas grandes; está aquella cantina como mirás en Jocotán [la cabecera municipal de la región], allá estás contento, comprás una tu cerveza, vas cantando... así es en la Gloria».

A muy pocos kilómetros de Tunucó encontramos relatos completamente distintos acerca de la ubicación y valor del «fiestero»: «Estuve tres días mortajado... vi que los chupadores [bebedores], los que son mujereros, esos van partidas... se van por la izquierda, por una calle como carretera bien cementada, cementado el camino. Entonces los que van para arriba, aquí a la derecha. Yo me admiro, que esas gentes van con sus botellas de vino, con sus cervezas, con sus guitarras (parece que los que tocan guitarra no es bueno, esos van para abajo, es para el diablo la guitarra). Pedí que me dijeran el camino a mí. Uno que allá está me dijo así, hasta la puerta: aquí está la centinela que va apartando la gente. El de buen corazón a la derecha, el que no, para abajo: van con sus botellas de vino, sus cervezas, chupando...».

Como decía al principio, en el fondo, con estas visitas los chortís esperan confirmaciones acerca de la bondad de las cosas que hacen. Así, podríamos decir que las «noticias» que generan los viajes aluden al tiempo que al estilo de Dios, al estilo de los hombres. Un estilo de los hombres que precisa ser cualificado y así ratificar la necesidad de no ser ruines y regalar comi-